

La Cultura y el Pueblo

Por Raimundo Lazo

Una vez más se pone en circulación la frase programática la cultura para el pueblo, y como es tanto lo que acertada o erróneamente puede hacerse en nombre de ese lema prometedor, invocado con tanta frecuencia, importa mucho analizar su contenido y explorar realísticamente sus posibilidades de realización.

En primer término, hay que poner a un lado las soluciones simplistas, los perniciosos personalismos, los lugares comunes, las frases hechas. Con prejuicios, intereses subalternos y oropéles demagógicos no se consigue nunca servir la causa del interés colectivo, sino satisfacer vanidades pueriles y aumentar la burocracia superflua con el pretexto de planes utópicos. Por el contrario, se trata concretamente de resolver con talento, serenidad y sentido humano un gran problema social, cuyo estudio y solución en manera alguna puede confiarse a fantásticas improvisaciones y a la realización de milagros, para los que cada vez es menos propicio nuestro tiempo.

Los que ahora repiten ese magnífico lema, la cultura para el pueblo, olviden efectivamente todo interés, prejuicio o resentimiento de orden personal, y dense a la obra grandiosa que se proponen representándose en primer lugar lo que efectivamente es nuestro pueblo y sus circunstancias, pues sólo sobre eso, sobre esa realidad sin eufemismos, puede aspirarse a realizar cualquier obra duradera. Por desgracia no puede negarse que el panorama de esa realidad nuestra es bien intranquilizador. Nuestro anacrónico Ministerio de Educación, en crónico y creciente desorden, sin estadísticas eficientes, sin planes —ya se dice sin recato que no los necesita— es una oficina política gigantesca sometida a la voluntad omnimoda del ministro de turno, quien sólo tiene tiempo para hacer frente al asalto permanente de los intereses personales y electorales de toda la nación, sin otra posibilidad que la de poder reservarse la mejor parte en el desaforado y vertiginoso reparto de los beneficios. Ya sabemos que, por desgracia, esto es lo que exactamente ocurre. Si hubiera estadísticas completas, si hubiera siquiera presupuestos, podría apreciarse la desproporción escandalosa entre lo que se gasta en inútil personal burocrático y lo consignado para gastos que tienden a organizar los servicios públicos de enseñanza y de cultura. Por lo menos, ya hoy sabemos que el Ministerio de Educación gasta más de 37 millones de pesos anualmente, a despecho de lo cual,

a pesar de maravillosas promesas, repetidas y variadas por la bien pagada propaganda, el analfabetismo crece; cerca de las dos terceras partes de nuestra población infantil y juvenil carece de escuelas; no hay en toda la República una sola biblioteca bien organizada por el Estado; no hay publicaciones que lleven al pueblo ni a nadie la cultura o siquiera la simple instrucción.

Quien quiera llevar la cultura al pueblo tiene que representarse primero todas esas cosas desalentadoras, pero innegables, no para agredir por sistema a nadie, sino para tratar de poner orden en esta situación caótica. Es empresa de romanos, pero nadie puede negar que es empresa inexcusable y previa, necesariamente anterior a cualquier labor constructiva, porque, en el estado actual que apenas esbozamos, los formidables intereses creados pulverizarán cualquier iniciativa que a ellos no se someta servilmente.

Esto nos indica que ese noble empeño de llevar la cultura al pueblo presupone un problema educacional previo que está ligado a la reforma del llamado Ministerio de Educación. Los intereses personales y de partido no deben penetrar en ese ministerio, y mientras eso no se consiga, mientras una honda y efectiva reforma política no lo convierta en una zona protegida contra influencias anarquizadoras, naufragarán inevitablemente esos bellos proyectos de mejoramiento cultural, de reforma educacional, que con razón sobrada consideramos como la solución definitiva de muchos de nuestros problemas nacionales.

Pero, si en virtud de las anteriores evidencias, reclamamos la reforma del Ministerio de Educación, su descentralización, su tecnificación, su organización permanente, claro es que esto lo consideramos sólo como un punto de partida para muchas cosas, entre ellas, para esa deseada comunicación de la cultura al pueblo olvidado. Porque no puede pretenderse llevar la cultura al pueblo sin una formidable campaña de desanalfabetización, la que debe preceder y acompañar sin descanso a los esfuerzos de divulgación cultural. No se piensa que antes de llevar la cultura al pueblo, y al mismo tiempo que se la va ofreciendo, es necesario ir preparando al pueblo para la cultura en todos sentidos. El problema no es tan sencillo como hoy se presenta. Y no puede eludirse ninguno de sus factores sin riesgo de rotundo fracaso. Al analfabeto o al que tiene hambre o al que simplemente se siente agobiado por el desempleo y estrujado por las injusticias sociales no se le puede hablar de cultura. Al que mal o bien puede comer y leer, y con afflictiva inseguridad vive refu-

giado en las bases de la pirámide social, a ése de muy poco le servirá el libro, el cuadro o la estatua, la conferencia o el concierto, que su propia vida le hace poco interesante y que una precaria y defectuosa formación escolar desvitalizada no le ha enseñado a comprender. Y de este modo se ve claro que cualquier proyecto de llevar la cultura al pueblo, que sea digno de consideración, tiene que entroncarse con la efectiva reforma de nuestra enseñanza —cuestión de hombres tanto como de planes y recursos— además de presuponer la reforma del Ministerio que rige todos estos servicios y tener en cuenta el cuadro completo de circunstancias de orden económico y social en que malvive nuestro pueblo.

En este enfoque de la cuestión no hay ganas de amontonar dificultades y ensombrecer matices, sino anhelo de ver con claridad todos los aspectos fundamentales del problema social que se plantea, que, como todos los de su clase, no es dable desintegrar caprichosamente a gusto de quien lo contemple. Ofrecemos objetivamente un planteamiento y le damos importancia porque, si la lógica y la experiencia no han perdido su valor, plantear bien un problema es condición previa para resolverlo bien. Esbozamos un plan realista, que como tal puede y tiene que irse ajustando a nuestra realidad. Lo demás es cuestión de hombres y recursos adecuados para desarrollarlo, y por suerte, Cuba los tiene.

M, enero 23/46



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA